



De una vez por todas

Pars ironizar sobre la soledad de Pablo de Rokha, sus enemigos echaron a circular una moneda con el siguiente cuño: "Cuando De Rokha quiere leer un libro, lo escribe". Mientra, por cierto. Durante toda su vida De Rokha fue un formidable lector de "otros": la "Ribika", los poetas isabelinos, los maestros del Siglo de Oro español, los clásicos griegos, los enciclopedistas, Whitman, Marx, Baudelaire, Lautréamont, Rimbaud. Un dia, en La Reina, en el porche de su casa de madera, donde los domingos por la mañana se sentaba en un gran sillón de mimbre (sucedía con su gorra de cuero traida de China) a revisar los suplementos literarios de la prensa, le formuló una pregunta-clave:

-Estaría usted dispuesto a reconsiderar los motivos de su querella con Neruda?

«Pregunta-clave! Pregunta-bomba, más bien. Me miró con asombro casi divirtido. Sus ojos brillaban y sonreían en el paroxismo de la sorpresa. Me inquietó. Dúdele mi íntimo. De Rokha me observaba como un entomólogo inclinado

sobre un nuevo ejemplar de oruga. ¿Qué le había dicho? La perplejidad del momento que siguió a mi interpelación me convenció de que nadie en los últimos años se había atrevido a mover desde ese ángulo la vieja cuestión pública de su disputa con Neruda. ¿Para qué?

Pero ahí estaba De Rokha hablando:

-Imposible, coquetero. Los motivos no admiran reconsideraciones. Son demasiado grandes.

-Sí, comprendo -dijo-. Ataques reciprocos, virulencia por escrito, una larga serie de bochornos, pero, al final, ¿qué?

Dos poetas de primer rango negándose a reconocer la aridez filosófica del otro.

-Le explicaré la mitad del problema de una vez por todas -contestó-. (Recuerda usted lo que hubo de sufrir el pobre Cer-

vantes ante las bellaquerías del afortunado Lope de Vega? Pues bien, mi causa es la de Cervantes.

Se detuvo en seco. Sus pupilas ya no sonreían. Había en su voz un tono patético, pero no me di por vencido:

-Sin embargo, si las condiciones se

ofreciesen para el desgravio, ¿se opondría a reconsiderar los motivos?

De Rokha pasó los ojos por los arbustos y los rosales que caían sobre el porche:

-No.

Ese "no" (fuerte, energico, recundo, característico del estilo de Pablo de Rokha) era el "sí" pensado, indulgente, cristiano, que yo buscaba. En suma, tal como lo vi esa mañana de domingo considerada por un claro sol de otoño, Pablo de Rokha no rehusaba la posibilidad de

abrir una nueva relación dialógica (según demuestra Eduardo Nicol, la discrepancia también es una forma de relación dialógica) con su ex amigo de la juventud Pablo Neruda.

Desgraciadamente, y para ilustración de la posterioridad, el hombre al que sus detractores atribuían una concepcionada autorquía literaria, no tuvo ocasión -que yo sepa- de explorar las posibilidades de diálogo inauguradas en el porche de su casa; allí, en La Reina, a vuelo de pájaro de la cordillera de los Andes. Para él, inmerso en los debates de la Gran Literatura, no significaba remordida o exageración situarse en el somní de Cervantes. Tempoco incurría en el error de reducir al oponente.

En su dormitorio (el de un asceta), aparte de una alta cama de hierro en cuya cabecera aparecía un retrato de la amada Winett, solo había una mesa desnuda para escribir y un estantillo con escasos libros, los de siempre: la "Biblia", los poetas isabelinos, los maestros del Siglo de Oro español, los clásicos griegos...

De una vez por todas [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De una vez por todas [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)